

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO (2017): *Obras completas. Tomo II, vols. I y II. Orígenes de la novela*, Ana L. Baquero Escudero (coord.), Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (eds.). Santander, Ed. de la Universidad de Cantabria/Real Sociedad Menéndez Pelayo, 1096 pp.

Apenas una década después de la publicación de *Orígenes de la novela* por la Editorial Gredos aparece esta magnífica edición en dos volúmenes a cargo de la Universidad de Cantabria y la Real Sociedad Menéndez Pelayo dentro del programa de la edición Centenario de las Obras completas del humanista santanderino. Este doble acontecimiento es ya un indicio de la vigencia de la obra del ilustre y precoz cántabro, pues ha transcurrido medio siglo de la anterior reedición, la de 1965, que continuaba la de 1943 (y la argentina del mismo año). Medio siglo después y sin mediar oportunismos nacional católicos, la obra cumbre de don Marcelino ha renacido. Esta edición santanderina no es una edición más. Los dos tomos recogen la primera edición —la única que vio el gran humanista— acompañada de dos tipos de notas: las del autor y las de los editores, convenientemente señaladas. Previamente a la obra aparecen cuatro ensayos de gran calado acerca de los aspectos más trascendentes de la obra: un primer ensayo, “Los *Orígenes de la novela*, una obra de plena madurez” a cargo de Ana L. Baquero Escudero, que enmarca la obra en la encrucijada de objetivos e intereses del autor; un segundo ensayo explora los antecedentes del estudio de la novela que encontró don Marcelino, “Una historia para los *Orígenes*: la novela en el pensamiento literario anterior a Marcelino Menéndez Pelayo”, a cargo de Joaquín Álvarez Barrientos. Y los dos últimos, que permiten una lectura unitaria, sobre la recepción de la obra: “Los *Orígenes de la novela* leídos por los críticos literarios” de Leonardo Romero Tobar, y “La proyección de los *Orígenes de la novela* en la historiografía literaria española” de Antonio Martín Ezpeleta. No en vano, Romero y Martín son maestro y discípulo, respectivamente. Los cuatro ocupan más de un centenar de páginas y constituyen por sí mismos una monografía imprescindible y muy bien articulada para la lectura actual de los *Orígenes*. Esta monografía presenta, como es lógico, los aciertos del sabio santanderino y, también, sus defectos: la conceptualización difusa e imprecisa, la sobreestimación del realismo, el patriotismo... Los aciertos los ha certificado el siglo transcurrido desde su publicación y aparecen puntualmente reflejados en estos cuatro estudios. Los defectos, también, aunque estos últimos vienen, en parte, ya matizados por la capacidad del maestro santanderino para corregirse. Así, por ejemplo, la reivindicación del realismo como la gran estética y seña de identidad de la literatura española encuentra su negación en la larga cita del prólogo a las *Obras* de Pereda que trae a colación Romero Tobar en la página LXXX, en la que Menéndez Pelayo reconoce la confluencia del realismo e idealismo y su fusión en cierta forma de simbolismo medio siglo antes de que Dámaso Alonso volviera sobre ese tema.

Esa dialéctica entre aciertos y defectos es connatural a los estudios literarios, como ya explicó en su momento y a propósito de su propia obra, Menéndez Pelayo. Pero en el caso de este autor esa dialéctica adquiere una dimensión especial y desacomtumbrada. Su intuición y su enorme saber van muy por delante de su capacidad teórica. La conceptualización y categorización disponibles en el entorno de 1900 no podían alcanzar a comprender el continente descubierto por nuestro autor. Y, por supuesto,

la enorme biblioteca que escribió es incompatible con el esfuerzo de reflexión que requiere la más exigente teoría. Cabe otra muestra de esa incompatibilidad: la teoría de la novela de Menéndez Pelayo no la escribe él mismo sino Mariano Baquero Goyanes, en el estudio introductorio a la antología de ideas sobre la novela que publicó en 1956, *La novela española vista por Menéndez Pelayo*. Pero de esa contradicción entre intuición y categorización surge su legado: todavía hoy los estudios literarios no han dado una respuesta eficaz a los grandes problemas que encontró Menéndez Pelayo: la naturaleza de la novela, el sentido y evolución de los géneros literarios, la cuestión de la estética de la Modernidad... En el siglo transcurrido desde la desaparición del ilustre humanista se ha avanzado en lo que hace a estudios monográficos sobre obras y autores, pero seguimos en las mismas respecto a las categorías. El empirismo sigue siendo el único método y las propuestas teóricas que quisieron ir más allá se cuentan por fracasos.

La grandeza es propia de los espíritus contradictorios. Y Menéndez Pelayo lo fue. Emprendió la tarea de reformular la literatura nacional con un espíritu comparativo. Fue un conservador que se enfrentó y priorizó el género menos tradicional y más liberal, la novela. Fue un erudito que se interesó profundamente por las ideas estéticas. Fue, sobre todo, un humorista, a la vez que entusiasta de su trabajo. Su tarea permanece abierta, inconclusa. No es posible una historia literaria sin un fundamento estético. Ese fundamento estético no puede ser la apelación a la belleza, como creyó don Marcelino. Un siglo antes Friedrich Schiller había explicado que la forma estética no es, como la belleza, un aspecto de naturaleza sensorial sino intelectual. Exige una investigación porque no se da por los sentidos —no es la forma exterior sino la forma interior—. A su manera Menéndez Pelayo vio esto, pero no fue capaz de salir del discurso manido y estéril de la apelación a la belleza, que llega hasta los teóricos de la estética de nuestro tiempo —pienso en Lipovetsky y su estetización del mundo—. Tampoco se puede entender la dimensión estética como la aplicación de teorías previas, como insisten en mantener hoy la gran mayoría de los estudiosos. La estética solo se puede comprender en el gran tiempo y los autores tienen de ella meras intuiciones nunca ideas teóricas. Y, cuando en ciertos casos las han tenido o pretendido, el resultado ha sido un fracaso.

Comprender la novela sigue siendo un gran reto. Exige una perspectiva transversal. No basta la novela de una nación. Pero exige también una concepción de los géneros literarios que no sea la tópica normativa —la de la trinidad clásica; ahí no cabe la novela— y que no se reduzca a una clasificación administrativa, con sus “marbetes”, etiquetas y adscripciones, como sigue pensando nuestra época. El género es la forma interior. La noción de la novela inclusiva de “formas análogas... como los coloquios y diálogos satíricos” —amén de otros géneros— es un punto de partida para comprender la dimensión renovadora y fagocitadora de la novela, su misión en la escena literaria y su papel de puente en la encrucijada entre la alta cultura y la cultura popular.

La estética moderna es una estética de fusión. La novela es su principal exponente en el campo literario porque es también un producto de fusión. Esa fusión es algo más que la confluencia entre realismo e idealismo, conceptos tomados de la filosofía muy superficialmente y que solo sirven para una primera explicación provisional del fenómeno estético moderno. Todo esto está, aunque sea en germen, en la obra de Menéndez Pelayo, que es un primer paso para afrontar estos retos. Hace falta un im-

pulso que desenmarañe estos problemas y articule un discurso que dé respuestas sólidas a los retos que planteó el sabio santanderino. Esta edición, con sus estudios y notas, facilita esa tarea.

LUIS BELTRÁN ALMERÍA
Universidad de Zaragoza

CÉSAR OUDIN (2016): *Tesoro de las dos lenguas española y francesa. Tresor des deux langues françoise et espagnolle*, introducción y edición de Marc Zuili, prefacio de Dominique Reyre, Paris, Honoré Champion éditeur, 2 vols., 816 pp. + 480 pp.

Sabido es que César Oudin (h. 1560-1625) fue un brillante polígrafo: su obra abarca un diccionario bidireccional “español-francés”, una gramática del español y otra del italiano, una recopilación bilingüe de refranes, unos diálogos bilingües y varias traducciones de obras literarias del francés al español y al revés. En su época su producción fue el conjunto de obras didácticas más completo para la enseñanza del español en Francia. Por tanto, no extraña que haya atraído el interés de numerosos investigadores bajo diferentes perspectivas (véase la bibliografía de sus trabajos en las pp. 241-254; para unos comentarios sobre las aportaciones más relevantes, remitimos a Pablo Núñez, 2010: vol. 1, 512-516).

La importancia del *Tesoro* de Oudin ya fue señalada en su tiempo por Samuel Gili Gaya: “de los diccionarios bilingües y plurilingües que se escribieron durante los siglos XVII y XVIII [...] destaca por su abundancia y originalidad el español-francés de César Oudin (1607), al cual imitan, y aun copian servilmente, muchos diccionarios, no solo en su lengua, sino también en italiano y flamenco” (Gili Gaya, 1947: X).

En la introducción al *Nuevo Tesoro Lexicográfico del Español s. XIV-1726*, Lidio Nieto y Manuel Alvar Ezquerro (2007: LXVI) opinan en el mismo sentido: “El *Tesoro* de Oudin es [...] referencia imprescindible para la historia lexicográfica posterior de nuestra lengua, pues es punto de partida de otros muchos autores”.

En 1968 las Ediciones Hispanoamericanas de París realizaron una edición facsimilar de la parte “español-francés” de la última edición del *Tesoro* de Oudin (Lyon, Bourlier, 1675), prologada por Bernard Pottier, que hoy está agotada. La edición facsimilar del *Tesoro* que publica ahora Marc Zuili en la editorial parisiense Honoré Champion, se distingue de ella en tres aspectos importantes: 1.º abarca tanto la parte “español-francés” como la parte “francés-español” del *Tesoro*; 2.º toma como base la edición de Bruselas, Mommart, 1660; y, 3.º viene precedida de un amplio estudio introductorio sobre el autor y el conjunto de su obra (pp. 9-166).

En el primer capítulo (pp. 19-44) del estudio introductorio, Marc Zuili nos presenta una biografía de Oudin, quien fue profesor de español en Francia y secretario-intérprete de los reyes Enrique IV y Luis XIII; como telón de fondo, nos describe el contexto político de la época y, en particular, las relaciones entre las coronas de España y Francia a finales del siglo XVI y en el XVII. Existía entonces en Francia una verdadera pasión por España, por su lengua y su literatura, como lo atestiguan el gran número de profesores de español y la profusión de publicaciones de índole didáctica.